

Elementos de la acción política en tiempos de cambio social: a propósito de los cien años de la Revolución Rusa

Elements of political action in times of social change: about the hundred years of the Russian Revolution

César A. Aliaga-Díaz¹

Resumen

Breve reflexión sobre los aportes a la praxis política en tiempos de cambio social efectuados por los actores centrales de la revolución rusa, los “bolcheviques” y su líder, Vladimir Ilich Uliyanov, también llamado Lenin. En ese sentido, el análisis se centrará en el periodo que va entre febrero y noviembre de 1917, marcados por la presencia de las dos revoluciones originadas en ese año, en las que el genio político de Lenin se manifestó más plena y vivamente que en otra circunstancia. Particularmente nos interesa destacar, desde la perspectiva de las ciencias políticas, el concepto y la práctica de la táctica bolchevique. Para ello, primero hacemos un breve resumen de los hechos históricos de los diez meses; luego, analizamos la orientación y gestión táctica del partido de Lenin y sus resultados; finalmente, formulamos algunas conclusiones generales de interés para la ciencia y la acción política concretas.

La clave de estas reflexiones están orientadas a saber por qué y cómo los bolcheviques pasaron de ser una fuerza marginal al comienzo del periodo revolucionario para configurarse, finalmente, como fuerza hegemónica y, por ende, con capacidad de procesar una segunda revolución e inaugurar un régimen inédito en la historia de la humanidad: el socialismo soviético.

Palabras clave: Ciencia política, táctica, revolución rusa

Abstract

This essay will make a brief reflection on the contributions to the political praxis in times of social change carried out by the central actors of the Russian Revolution, the “Bolsheviks” and its leader, Vladimir Ilyich Ulyanov, also called Lenin. In this sense, the analysis will focus on the period between February and November of 1917, marked by the presence of the two revolutions originated in that year, in which the political genius of Lenin manifested more fully and vividly than in another circumstance. We are particularly interested in highlighting, from the perspective of political science, the concept and practice of Bolshevik tactics. To do this, first, we make a brief summary of the historical facts of the ten months. Then we analyzed the orientation and tactical management of the Lenin party and its results. Finally, we formulate some general conclusions of interest for concrete science and political action.

The key to these reflections is to know why and how the Bolsheviks went from being a marginal force at the beginning of the revolutionary period to finally set itself as a hegemonic force and thus capable of processing a second Revolution and inaugurate an unprecedented regime in the history of mankind: Soviet socialism.

Keywords: Political science, tactics, Russian revolution.

¹ Abogado. Exvicepresidente del Gobierno Regional de Cajamarca. Gerente Regional de Desarrollo Social-Gobierno Regional Cajamarca. Dirección: Urb. San Carlos A-14. Email: cealdi@yahoo.com

Recibido. 30 de octubre del 2017

Aceptado. 13 de noviembre del 2017

Introducción

El 07 de noviembre de 2017 se han cumplido 100 años de la Revolución Rusa, tal vez el acontecimiento histórico más importante del Siglo XX. De hecho, Hobsbawm (1998) lo considera como hito del inicio y del final de ese “siglo corto”, en la medida que con su presencia y resultados se definieron los términos y las condiciones de la gran disputa ideológica, política, económica y cultural de ese periodo. Pero aún más, no cabe duda, que la actual transición del siglo XXI sigue marcada todavía por su impronta.

No es éste el lugar ni es tampoco nuestra intención hacer un balance global de la Revolución Rusa y de sus resultados históricos, pues, a ella le es plenamente aplicable la sentencia de Chu En-Lay, Primer Ministro de la República Popular China, cuando en su visita a París en 1972, preguntado por la revolución francesa, respondió: “aún es pronto para valorarla”. (Morote, 2017)

En este ensayo nos limitaremos a reflexionar sobre los aportes a la praxis política en tiempos de cambio social, efectuados por los actores centrales de aquella revolución, los “bolcheviques” y su líder, Vladimir Ilich Uliánov, también llamado Lenin.

Esta reflexión la hacemos, no porque creamos que las soluciones aplicadas sean plenamente vigentes ni menos replicables, sino porque, como dicen Lago y Moruno (2017), su trayectoria trágica y épica sigue mostrando los escollos, las dudas, las contradicciones y hasta los callejones sin salida con las que pueden toparse quienes viven hora, en otro tiempo y espacio, procesos de cambio político y social.

De hecho, el propio Lenin (1978a), consciente que su ejemplo podía ser aleccionador aunque su historia fuera irreplicable, advertía a sus seguidores: “No copien nuestras tácticas, sino analicen independientemente las causas de sus rasgos peculiares, las condiciones que la originaron, y sus resultados, aplicando no la letra, sino el espíritu, la esencia y las lecciones de la experiencia de 1917-21.” (p. 178)

Nos concentraremos, en consecuencia, en analizar los aportes bolcheviques a la acción

política en el periodo que va entre febrero y noviembre de 1917, marcados por la presencia de las dos revoluciones de ese año, en las que el genio político de Lenin se manifestó más plena y vivamente que en otra circunstancia.

La clave de estas reflexiones están orientadas a saber por qué y cómo los bolcheviques pasaron de ser una fuerza marginal al comienzo del periodo revolucionario para configurarse, finalmente, como fuerza hegemónica y, por ende, con capacidad de procesar una segunda revolución e inaugurar un régimen inédito en la historia de la humanidad: el socialismo soviético.

Particularmente nos interesa destacar, desde la perspectiva de las ciencias políticas, el concepto y la práctica de la táctica bolchevique. Para ello, primero hacemos un breve resumen de los hechos históricos de estos diez meses, luego analizamos la orientación y gestión táctica del partido de Lenin y sus resultados, finalmente formulamos algunas conclusiones generales de interés para la ciencia y la acción política concretas.

Un poco de historia

Las revoluciones rusas de 1917 tienen como marco general la Primera Guerra Mundial, en la que el régimen zarista, aliado con Francia e Inglaterra, disputaba con Alemania el reparto de territorios y mercados de la zona euroasiática.

La extensión de la guerra y los esfuerzos para sostener a los ejércitos movilizados, habían provocado un gran descontento social, muy marcado especialmente entre campesinos y trabajadores.

Fue así como la gran revolución rusa empezó con una insurrección popular en el mes de febrero de 1917. La misma que, en pocas semanas, pudo derrocar al régimen zarista, instaurando en su lugar un gobierno provisional que tenía como principales desafíos resolver el problema de la guerra y definir el régimen que debía sustituir a la vieja monarquía feudal.

A pesar del triunfo sobre la autocracia, el Gobierno Provisional no tenía fuerza

suficiente para emprender semejantes tareas. Las masas alzadas no le expresaron directamente su respaldo, sino que lo hicieron a través de los Soviets, asambleas populares surgidas en la Revolución de 1905 y restituidas por las masas insurrectas en febrero de 1917. De allí que surgiera un complejo escenario de doble poder, en cuyas contradicciones se fue incubando la posibilidad de una nueva revolución que, finalmente, llegó en octubre del mismo año.

Trotsky (2017) considera que este escenario de “doble poder” constituye una verdadera “paradoja”, en la medida que quienes representaban directamente a las masas insurrectas, los socialistas moderados dirigentes del Soviet, resolvieron entregar voluntariamente el poder a la burguesía al darle la hegemonía en el Gobierno Provisional, comprometiéndose únicamente a vigilar su ejecutoria. (p. 119-135)

De otro lado, Lenin (1978b) consideró que la rápida victoria sobre un poderoso régimen constituido por siglos en la antigua Rusia, se había producido por la confluencia de tres condicionantes históricos: i) La Revolución de 1905-1908, el ensayo general que despertó a la vida política a obreros y campesinos, y reveló a todos el carácter de todas las clases, su correlación, sus modos de acción y objetivos inmediatos y futuros; ii) La Primera Guerra Imperialista Mundial, que operó como director de escena y gran acelerador de la lucha de clases interna; y iii) La tendencia de transformación de la guerra externa en guerra civil interna. (p. 6 - 7)

En realidad, el rápido derrocamiento del régimen zarista fue posible por la formación, en la acción directa, de un gran frente unido de todas las clases sociales, que coaligó contra la autocracia a los obreros, campesinos, sectores medios y la gran burguesía rusa, apoyada por los agentes imperialistas de Inglaterra y Francia. Todas estas clases se pusieron en contra del Zar, asilando a sus bases de apoyo: los terratenientes feudales, la vieja burocracia y el generalato, el campo propio de la reacción, cuyo interés básico era la continuidad de la guerra y eventualmente la restauración de la monarquía como en 1905.

El frente antizarista no pudo, empero, mantener la misma cohesión para dirigir

la transición democrática. Dentro del campo revolucionario se distinguieron inmediatamente dos sectores bien definidos: por un lado, la Rusia burguesa y los terratenientes modernizantes, representados por los partidos “octubristas” y “demócrata constitucionalista” (“kadetes”), apoyados por importantes sectores medios, cuyo interés básico era la democratización sobre ejes capitalistas; y, por otro, el Soviet de diputados obreros que trataba de ganar aliados en los sectores pobres urbanos y rurales, cuyo interés básico era la conclusión de la guerra y la democratización del país sobre ejes socialistas. Destacaban dentro de este segundo grupo, los socialdemócratas moderados (“mencheviques”), los socialrevolucionarios y los “bolcheviques”.

Las exigencias de la guerra, la generalización de la crisis productiva, así como la lucha de los sectores populares para obtener libertad política, acabar con el hambre, acceder a la tierra e implantar conquistas sociales a favor de los trabajadores; crearon un ambiente de agudización de la lucha de clases que, primero, paralizaron al Gobierno Provisional y, luego, lo empujaron a diversas crisis ministeriales que reflejaban un rápido pero profundo reacomodo de fuerzas políticas y sociales, que concluyó con un escenario ampliamente polarizado en octubre de 1917, cuando los bolcheviques aliados con el ala izquierdista de los “mencheviques” y “socialrevolucionarios”, enfrentados a casi todos los demás partidos políticos, se hicieron del poder político.

Particularmente importantes en este proceso de agudización de las tensiones políticas y sociales, fueron las tres crisis que se desarrollaron en ese corto periodo de diez meses: La crisis del 20 y 21 de abril, la del 10 y 18 de junio y la del 03 y 04 de julio. Todas ellas tuvieron en común el descontento de las masas y su indignación contra el Gobierno Provisional y los dirigentes socialistas moderados que lo respaldaban.

La primera crisis (20 y 21 de abril) comenzó con una revuelta social espontánea y culminó con el tiroteo contra los manifestantes por parte de grupos armados derechistas -“centurias negras” según las llama Lenin (1978b, p. 312).

Según Service (2001) el motivo de las protestas fue la difusión de la noticia que Pavel Miliukov, dirigente del partido “kadete” y Ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno Provisional, había notificado a los aliados que el Gobierno se mantenía fiel a los objetivos bélicos de Nicolás II, esto es que propugnaba la expansión rusa a expensas del Imperio Otomano. Esto demostraba que el Gobierno Provisional no preparaba la paz como se había ofrecido al pueblo, sino que intentaba continuar la guerra. Luego de la jornada de protestas renunciaron al Gobierno los ministros Miliukov y Guchkov. El príncipe Lvov, presidente del Gobierno Provisional, tuvo que establecer una nueva coalición que incluía ministros “mencheviques” y “social revolucionarios”. (p. 301)

Trotsky (2017), valorando los acontecimientos de lo que llama “las jornadas de abril”, considera que las protestas de soldados y obreros fue una “reacción ante el engaño en las alturas”, reclamando una decisión definitiva del gobierno sobre el problema de la paz. El gobierno tuvo que retroceder: emitió una declaración renunciando a la política de anexiones, pero señalando que permanecía en la guerra únicamente con fines defensivos. Declaración que no satisfizo a los aliados y que también empezó a mermar la confianza del pueblo en el Gobierno Provisional. (p. 247 - 263)

Frente a ello, el partido kadete, partido de la burguesía, entendiendo el riesgo de la pérdida de legitimidad del Gobierno, sacó a la calle a sus simpatizantes al día siguiente de la manifestación obrera. O sea, por primera vez y luego de liquidar al régimen zarista, aparecieron nítidamente confrontados y en escena las dos clases que terminarían definiendo el conflicto político abierto con la revolución de febrero: el proletariado y la burguesía. En medio, los socialistas moderados, dirigentes del Soviet, intentaban apaciguar a los extremos, pero respaldando en última instancia al Gobierno Provisional, al asumir algunos ministerios.

La segunda crisis (10 y 18 de junio) se produjo a consecuencia de la convocatoria bolchevique a una manifestación armada que luego suspenden por la prohibición hecha, no sólo por el Gobierno Provisional, sino por el propio Congreso de los Soviets. Más

tarde, en la manifestación común del 18 de junio, las masas movilizadas declararon mayoritariamente su simpatía con las consignas bolcheviques, especialmente con aquellas que reclamaban el paso del poder a favor de los Soviets.

Service (2001) opina que la manifestación convocada por los bolcheviques, previa a la instalación del Primer

Congreso de los Soviets, era un intento de mostrar sus nuevas fuerzas. Cuando el gobierno y los dirigentes del Soviet prohíben la manifestación bolchevique, los “mencheviques” y “social revolucionarios” se ufanaron de haber desactivado una bomba y proclamaron en ese Congreso, los éxitos de su política y de su mayor influencia en el Gobierno. (p. 313)

Sin embargo, las concesiones arrancadas a los kadetes eran poca cosa al lado de los problemas que pesaban sobre el gobierno provisional. Se agudizó la crisis económica, la administración se desintegraba, las regiones y provincias intentaron suplir el vacío apoyándose en los soviets, disputando el poder al Estado formal. Los campesinos empezaron a ocupar tierras de los terratenientes; los obreros, a controlar la producción en fábricas abandonadas por sus patrones; los soldados desertaban, etc. Un ambiente propicio para los bolcheviques, más si Kerensky, por entonces Ministro de Asuntos militares, optó por atenerse al compromiso zarista de reanudar la ofensiva en el frente oriental. (Service, 2001, p. 314 - 315)

El 18 de junio se inició la tan anunciada ofensiva en el frente de guerra. Según Service (2001), la decisión adoptada por Kerensky era muy riesgosa. Las fuerzas rusas, tras el éxito inicial, quedaron paralizadas ante una defensa enérgica apoyada por refuerzos alemanes. Kerensky entregó en bandeja material propagandístico a Lenin, que se había opuesto a esa aventura guerrillera. Además, se añadió un problema político: los ministros kadetes estaban furiosos con los ministros socialistas moderados que habían acordado otorgar una autonomía regional a Ucrania. (p. 316)

Frente a esos problemas, los bolcheviques convocaron a una manifestación, con gran protagonismo de los soldados influenciados por la Organización Militar del partido de Lenin. Los socialistas moderados que dirigían los Soviets sacaron la conclusión que se preparaba un golpe de Estado. La situación política se tornó sumamente tensa y cualquier cosa podía pasar (Service, 2001, p. 317 - 318).

Trotsky (2001), al dar cuenta de estos hechos, destaca el crecimiento de la influencia bolchevique entre los obreros y soldados, aun cuando todavía eran minoría en los soviets. Apenas fueron un tercio en el Primer Congreso de los Soviets celebrado en ese mes. Cuenta, además, que los sectores más radicalizados, molestos con la política guerrillera y el fracaso de la ofensiva organizada por Kerensky, exigían a los bolcheviques definiciones inmediatas para traerse abajo al Gobierno Provisional. Los partidarios de Lenin pidieron cautela, creían que aún no estaban dadas las condiciones, insistían en su política de “explicar pacientemente” para ganarse la mayoría del pueblo y conseguir el apoyo vital de los campesinos. (p. 325 - 337)

Según la fuente citada, los socialistas moderados, temiendo ser desbordados por los radicales, contemplan la posibilidad de desarmar a los bolcheviques y, por ende, al proletariado, en el entendido que esta situación estaba provocando la organización de fuerzas contra-revolucionarias. Sin dar ese paso, convocan a una manifestación de la que esperaban surgiera una fuerza centrista capaz de contener a los extremos. El resultado fue inesperado, fue otro. La manifestación mostró la gran aceptación social que empezaban a gozar los bolcheviques.

Analizando estos resultados, Trotsky (2001) concluye: “Al cuarto mes de su existencia, la revolución de Febrero había dado ya políticamente todo lo que podía dar de sí. Los conciliadores habían perdido la confianza de los obreros y soldados. El choque entre los partidos dirigentes del Soviet y las masas soviéticas era ya inevitable. Después de la manifestación del 18 de junio, que fue una constatación pacífica de los efectivos de las dos revoluciones, la pugna irreductible entre una y otra tenía que tomar inexorablemente un carácter declarado y violento”. (p. 340)

En efecto, si bien las jornadas de junio no terminaron en un enfrentamiento entre clases y fuerzas políticas y militares, sólo postergaron el mismo unas pocas semanas más.

La tercera crisis se desencadena espontáneamente el 03 y 04 de julio, a pesar de los esfuerzos de los bolcheviques para evitar que la manifestación popular adquiriera carácter insurreccional. A estas protestas, siguieron inmediatamente manifestaciones contrarrevolucionarias los días 05 y 06 de julio.

Esta crisis abrió la posibilidad de entregar completamente el poder a los Soviets, pero no se dio ese paso por las vacilaciones entre los dirigentes socialistas moderados que los guiaban.

Según Service (2001), las manifestaciones revolucionarias se dirigieron directamente contra el Gobierno Provisional y adquirieron una fuerza contundentemente inusitada: huelgas y manifestaciones. Una multitud de obreros, soldados y marineros se había ido reuniendo a la espera que el comité central bolchevique decidiese lanzar la ofensiva final contra el Gobierno; pero el partido de Lenin, consciente que no estaban maduras las cosas para una insurrección, logró desconvocar las protestas (p. 319)

Pero la crisis no había terminado. El gobierno comenzó una campaña feroz contra los bolcheviques, los acusaron de ser agentes de Alemania y de intentar acabar con la revolución. La mañana del 05 de julio hubo una redada en las oficinas de “Pravda” el periódico bolchevique. Al día siguiente, se produjo una operación similar en el local del partido de Lenin. (Service, 2001, p. 320)

Durante esos días, había dimitido el príncipe Lvov de su cargo de Primer Ministro y el 07 de julio ocupó su lugar el socialista revolucionario Alexander Kerensky, quien continuó con la ofensiva policial y judicial contra los bolcheviques. Estos evaluaron presentarse ante la Justicia, pero no entregaron a Lenin por las pocas garantías que se prestaban para un juicio justo o para evitar que sea ultimado en la cárcel. Lenin finalmente optó por salir de Rusia y refugiarse, otra vez, en Finlandia.

Paralelamente, además de endurecerse las penas contra los organizadores de manifestaciones políticas, Kerensky encargó al general Kornilov imponer la autoridad del gobierno a los soviets, a los sindicatos, comités de fábricas y de talleres (Service, 2001, p. 336).

Trotsky (2001) repasando las “jornadas de julio”, recuerda que a consecuencia de esta crisis, los cuatro ministros kadetes dejaron el gobierno, en una maniobra que intentaba dejar a sus exaliados de izquierda moderada, enfrentarse solos con la derrota en el frente externo, y con los bolcheviques en el frente interno, cada día más posicionados entre obreros y soldados, al punto que éstos se movilizaban ya claramente bajo las consignas de “abajo los diez ministros capitalistas” y “Todo el poder a los Soviets”. Sólo que ya no eran masas pacíficas, pues, ahora se movilizaban con las armas en la mano. (p. 345 - 384)

Lenin (1978b), analizando las mencionadas crisis saca la siguiente conclusión: “las tres crisis vienen a revelarnos una forma, nueva en la historia de nuestra revolución, de manifestaciones de un tipo más complejo, de movimiento por oleadas que ascienden velozmente y descienden de modo súbito, que avivan la revolución y la contrarrevolución y “barren”, por un periodo más o menos largo, a los elementos medios”. Y añade: “Por su forma, el movimiento tiene en las tres crisis el carácter de una manifestación. Una manifestación antigubernamental sería, formalmente, la descripción más exacta de los acontecimientos. Pero, y ahí está el quid, no se trata de una manifestación corriente; trátase de algo que representa bastante más que una manifestación y menos que una revolución. Es un estallido simultáneo de la revolución y la contrarrevolución, es una oleada violenta y a veces casi súbita, que “barre” a los elementos medios y al, mismo tiempo, coloca en primer plano de manera turbulenta a los elementos proletarios y burgueses”. (p. 312 - 313)

En este escenario polarizado, durante los meses de agosto y septiembre se producen eventos que van cerrando toda posibilidad de una salida pacífica a la crisis política, provocando un acelerado reacomodo de fuerzas alrededor de los polos más extremos: de los kadetes que preparan una salida

golpista y claramente contra-revolucionaria; y la de los “bolcheviques” que se preparan para una salida insurreccional y una segunda revolución, esta vez hegemonizada por obreros, soldados y campesinos pobres.

Según Service (2001), Kerensky actuó como Lenin había predicho. Estaba dispuesto a continuar la guerra hasta el final. Estaba silenciando a la oposición en las fuerzas armadas y amenazando con la disolución de los soviets urbanos perturbadores. Estaba más dispuesto a buscar apoyo de los kadetes y del alto mando, que hacer concesiones a los partidos socialistas. A pesar de eso, los socialistas moderados seguían negándose a dejar de apoyar a Kerensky. (p. 336)

Las masas se desbordaban, estaban impacientes. Kornilov, encargado del mando militar, anuncia que va a entrar con sus tropas en Petrogrado para poner en cintura a los soviets. Sin embargo, Kerensky desconfía de esta maniobra e intenta disuadir al general, pues, temía un golpe de Estado. Kornilov, por su parte, convencido que Kerensky no era apto para gobernar, resolvió desobedecerle. Así se abre una pugna en la propia cabeza del Gobierno. (Service, 2001, p. 337)

Kerensky, asustado por las maniobras golpistas de Kornilov, pidió apoyo a los partidos de los soviets, incluyendo a los bolcheviques. Y con su apoyo logró la detención del general y evitar el golpe. Esto implicó, empero, readmitir a los bolcheviques a la escena política oficial.

Trotsky (2017) considera que Kerensky, al principio, estaba de acuerdo con Kornilov en su maniobra golpista; pero temiendo ser desbordado por su propio socio, realizó su propio complot para quitar base de apoyo al golpe militar, apoyándose en los partidos del Soviet, aun cuando continuaba la persecución a los bolcheviques. (p. 471 - 496)

En ese complejo escenario político, las movilizaciones populares son respondidas por los cuerpos de contra-revolucionarios y comienza infructuosamente el movimiento del aparato oficial, para armarse contra la asonada popular en defensa del Gobierno y de la dirigencia del Soviet, ya en minoría y ampliamente confrontada con las masas. El hecho de no conseguir tropas orgánicamente

leales al Gobierno, no impidió que se presentaran diversos incidentes sangrientos en distintos lugares, por acción de piquetes de cosacos.

La crisis política obligó, en efecto, a una nueva restructuración del Gobierno Provisional y a la formación de un Directorio, ya plenamente compuesto por los socialistas moderados respaldando a Kerensky.

Las cosas siguieron complicándose. La posibilidad del desarrollo pacífico desapareció. El 12 de setiembre Lenin escribe a los dirigentes de su partido y señala la necesidad de variar la táctica y disponerse a preparar la insurrección. Luego vienen sus distintos artículos favorables a este viraje, y ante la resistencia de sus camaradas, amenaza con renunciar a su puesto dirigente y hacer campaña en las bases. (Lenin, 1978b, p. 330).

El partido bolchevique asume el giro táctico de Lenin y se encamina a preparar la insurrección. Y fue así, como el 25 de octubre de 1917, según el viejo calendario juliano, equivalente al 07 de noviembre del calendario gregoriano actualmente vigente, los bolcheviques, con el respaldo de obreros, soldados y campesinos pobres, toman el poder en una maniobra prácticamente pacífica e incruenta. La guerra civil se abre más adelante, cuando las fuerzas burguesas con el apoyo de los países imperialistas, desarrollan una acción armada para derrotar a los bolcheviques.

A partir de la toma del poder, los bolcheviques se vieron obligados a cumplir sus promesas de dar paz, tierra y libertad. Lograron un acuerdo de paz por separado con Alemania, iniciaron la reforma agraria para dar tierras a los campesinos y pusieron las bases de un nuevo Estado, el de la democracia soviética, como paso previo a la construcción del Socialismo.

El nuevo Estado Soviético, que esperaba para consolidarse una rápida expansión revolucionaria en toda Europa, empezando por Alemania, lo que nunca ocurrió, tuvo que librar sola una larga y penosa guerra civil contra las fuerzas “blancas”, ampliamente apoyadas por los Estados Imperialistas, de la que sólo pudo salir varios años después, luego de aplicar un régimen estricto de control

estatal llamado “comunismo de guerra” y de intentar un régimen mixto a través de la Nueva Política Económica (NEP por sus siglas en inglés) de inspiración leninista.

Pero estos tópicos ya están fuera de la presente reflexión.

La Táctica Bolchevique

Del apretado recuento histórico que acabamos de hacer, se puede apreciar la forma como los bolcheviques fueron ajustando su táctica para, anticipándose a los acontecimientos, tomar previsiones y soluciones a los desafíos de una situación política altamente compleja, cambiante y cada vez más polarizada.

Lago y Moruno (2017) sintetizan acertadamente que, entre las dos revoluciones rusas de 1917, Lenin cambió de táctica varias veces: “en ocasiones corrigiéndose a sí mismo, buscando amoldar la apuesta revolucionaria a cada reto concreto, bailando siempre en un terreno que se mueve bajo sus pies y que, además, cambia con motivo de la propia acción política desplegada con anterioridad”.

Los autores citados resaltan cómo Lenin “hace bascular el partido hacia la izquierda, en abril, mientras que gira a la derecha en junio, o en agosto ante la amenaza de Kornilov, cuando vuelve a proponer alianzas con actores que tiempo antes había sentenciado”, para finalmente virar a la izquierda cuando prepara la insurrección.

Concluyen los autores glosados, que hay en Lenin “una tensión permanente entre doctrina, estrategia y acción, una toma de conciencia de la complejidad y la autonomía (relativa) de la política, en la que debe tener siempre presente una diferencia inevitable entre lo que se quiere, la coyuntura y las posibilidades de la intervención política”. Agregando además que “Frente a la extendida noción del leninismo como rigidez, disciplina y dogmatismo, Lenin parece demostrar muy a menudo lo contrario, a saber, que no hay manuales ni recetas para hacer política, por más que se fije un objetivo claro. La paradoja de Lenin es la del arte maquiavélico de la coyuntura, esa que tiene que hacer siempre equilibrios (“hacer política es siempre caminar entre precipicios”), entre un desarrollo

compacto, excesivamente compacto, apoyado en nociones clave (que rozan el fetiche), al tiempo que lo ejecuta con ductilidad necesaria del presente político, buscando la adaptación a la situación concreta”.

Analicemos, en consecuencia, las características de esta peculiar táctica, señalando sus principales aspectos, consignas y resultados:

a) **Ajuste de la perspectiva estratégica:**

La tesis estratégica básica de los socialistas rusos, conscientes de que Rusia era un país atrasado de base feudal y capitalismo reciente, señalaba que para arribar al socialismo, primero debía materializarse una revolución democrático-burguesa, la misma que tendría como misión: erradicar las relaciones feudales de producción, desmontar el régimen autocrático y favorecer el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas modernas. De modo que sólo una vez concluidas estas tareas, se podía dar paso a la revolución socialista.

Sacando lecciones de la Revolución democrática de 1905, que fue derrotada, Lenin ante las características que toma la revolución de 1917, propone una tesis estratégica totalmente nueva, que inclusive es resistida por sus propios camaradas.

Lenin propone que la Revolución de 1917 habría de pasar por dos etapas inmediatas: la primera, de liquidación del régimen zarista; la segunda, que abriera paso directamente a la construcción socialista.

Lenin sustenta su posición alegando que las tareas democrático-nacionales, que por lógica debían ser realizadas por la burguesía, ya no iban a poder ser materializadas por aquella clase social, debido a su completa subordinación a las fuerzas imperialistas. De modo que esas tareas tenían que ser asumidas en la ruta al socialismo por la alianza de los obreros y campesinos.

Comentando este cambio de perspectiva estratégica, Service (2001) señala que “esto constituía un rechazo de la idea marxista rusa tradicional de que había que consolidar en Rusia, una revolución “democrático-burguesa” antes que se pudiese emprender

cualquier intento de revolución posterior, que entrañe una erradicación social y económica del capitalismo. En abril de 1917, Lenin exigió que se abandonase el “viejo bolchevismo” y se redujesen a una, las dos etapas del proceso revolucionario”. (p. 294)

En realidad, Lenin propugnaba una sola revolución, pero con etapas o fases bien definidas, en función de las tareas que le correspondían realizar, sólo que bajo una sola conducción, en este caso, de la clase trabajadora.

Lenin (1978b) en polémica con sus propios camaradas y con los mencheviques, que insistían en que la revolución rusa de febrero pertenecía al campo de las revoluciones democrático burguesas y que, por ende, a los obreros sólo les quedaba apoyar a la burguesía; les decía: “Nuestra revolución es burguesa, decimos nosotros, los marxistas, y *por eso* los obreros deben abrir los ojos al pueblo para que vea la mentira de los politiqueros burgueses y enseñarle a no creer en las palabras, a confiar únicamente en *sus propias* fuerzas, en *su propia* organización, en su *propia* unión, en su *propio* armamento”. (p. 14)

La perspectiva del paso ininterrumpido desde la revolución democrática a la revolución socialista está en las bases de la posición asumida, más tarde, por José Carlos Mariátegui en su polémica con Haya de la Torre, quien creía, en 1928, que el socialismo sólo era una tarea ulterior después de la consolidación de una verdadera revolución democrático-burguesa.

En sus cuatro “Cartas desde Lejos” (Lenin, 1978b), escritas entre febrero y marzo de 1977, el Jefe de los Bolcheviques esboza la táctica que orientará a su partido en medio de una revolución, partiendo de la constatación de ellos, siendo un destacamento combatiente, eran más bien una fuerza pequeña y marginal. Por tanto, el objetivo de tales orientaciones era precisamente dejar esa condición marginal, para ocupar una posición central y dirigente en el proceso revolucionario. (p. 5 - 41)

Para Lenin era clave, en ese contexto, conseguir el respaldo de las mayorías populares. Trotsky (2017, p.679) recuerda cómo el jefe de los bolcheviques remarcaba

la idea que ellos no eran “blanquistas” (terroristas) ni partidarios de la toma del poder por una minoría.

b) **La táctica de abril**

Lenin, desde el exilio y sin contacto directo con sus camaradas, enterado de que la posición inicial de sus partidarios era de respaldo al Gobierno Provisional, al tiempo que preparaba su retorno a Rusia, empezó a dar directivas para mantener una posición de independencia de su partido, desconfiando de las fuerzas dirigentes del Soviets (“mencheviques” y “socialrevolucionarios”) y más aún del Gobierno Provisional, hegemonizado por la burguesía. Lenin terminaba convocando a su partido a una fuerte campaña de persuasión entre las masas trabajadoras para profundizar la revolución.

Al llegar a Rusia, en abril de 1917, Lenin afina su orientación táctica en sus famosas “Tesis de Abril” y sus “Cartas sobre Táctica” y otros artículos programáticos (Lenin, 1978b, p. 51 - 108).

En estos documentos, luego de analizar la situación, las correlaciones de fuerzas, el interés de las distintas clases sociales y de sus partidos, define unas orientaciones para el partido bolchevique y para las clases trabajadoras, destinadas a hacer avanzar el proceso revolucionario abierto con la insurrección de febrero.

En efecto, fuera de ratificar la táctica de independencia respecto del gobierno provisional e insistir en la organización y el armamento de las masas insurrectas, Lenin analiza la peculiar situación de la dualidad de poderes forjada con la insurrección de febrero. Señala que esa era una situación anómala, transitoria, que debía finalizar en algún momento con el triunfo de uno de los dos poderes en pugna: el Gobierno Provisional o el Soviet de diputados obreros, soldados y campesinos.

Sin embargo, en las Tesis de Abril se recalca expresamente la idea que es todavía prematura la consigna de derrotar al Gobierno Provisional. Por el contrario, se insiste en la necesidad de “persuadir pacientemente” a las masas para dar un paso adelante en la revolución. Incluso, de manera expresa, se

indica que la preocupación fundamental de su partido consistía en conquistar la simpatía y el apoyo de los trabajadores y soldados, como requisito indispensable para consolidar luego, la dirección de la vanguardia proletaria sobre el proceso revolucionario general.

La consigna que dirigirá su activismo político será: “Luchar por Paz, Tierra y Libertad”. Una consigna aparentemente sencilla, pero que recogía transversalmente lo más sentido de las reivindicaciones de las mayorías populares, cuyo contenido era desarrollado ampliamente por sus agitadores y propagandistas en contacto directo con las masas.

Service (2001) reconoce que esos planteamientos políticos eran bastante claros: los bolcheviques propugnaban el traspaso del poder del Gobierno a los soviets. Abogaban por la paz general en Europa precedida de un armisticio en el frente oriental. Pedían la nacionalización de la banca y la industria a gran escala, el control obrero de las fábricas, el traspaso de la tierra agrícola al campesinado, la autodeterminación nacional y la intensificación del desarrollo cultural. (p. 308)

Estas orientaciones tácticas fueron originalmente resistidas por la dirigencia bolchevique, ya que implicaban dejar sin efecto la táctica asumida de apoyar al gobierno provisional y propugnar inclusive una reunificación entre “bolcheviques” y “mencheviques”.

Trotsky (2017), un testigo de parte, cuenta que muchos dirigentes pensaban que Lenin no estaba “enterado” de la situación rusa o que simplemente “deliraba”. (p. 213 - 231). Service (2001), un historiador imparcial y con acceso a los documentos desclasificados recientemente, confirma esa situación, señalando que las palabras de Lenin “desconcertaron prácticamente a todos”. (p. 293)

A pesar de ello, Lenin pudo persuadir a sus compañeros y, apoyándose en las camadas de nuevos bolcheviques, pudo lanzar a su partido a las bases, a las masas y a la acción política. Gracias a su activismo, las llamadas jornadas de abril fueron favorables para los bolcheviques. Las masas movilizadas pudieron comprobar directamente, encarando a la dirigencia

moderada y al gobierno provisional, que no se podía confiar en ellos, pues, en vez de poner fin a la guerra se empeñaban en organizar una nueva ofensiva, descargando el esfuerzo bélico sobre campesinos y trabajadores, postergando por tiempo indefinido la atención de las demandas sociales: resolver la crisis económica, implantar la jornada de ocho horas, desarrollar la reforma agraria, etc.

Esta orientación táctica fue exitosa para los bolcheviques. Con su esclarecimiento, las masas pudieron comprobar que el Gobierno Provisional no estaba seriamente comprometido con las demandas de pan, paz, tierra y libertad, y que, en consecuencia, la única vía posible para conquistarla sería confiar en las propias fuerzas y concentrar todo el poder en los Soviets.

Los bolcheviques empezaron a ganar audiencia y respaldo especialmente entre los obreros y soldados, al punto que su consigna “Todo el poder a los soviets” fue asumida ampliamente por las masas tal como pudo demostrarse en la movilización del 18 de julio, cuyos organizadores la convocaron supuestamente para demostrar el poco respaldo que tenían los socialistas radicales.

c) **El reajuste táctico de julio.**

Como ya dejamos anotado, los sucesos de julio fueron marcados por tres procesos políticos concurrentes: 1) El ascenso de las masas, capitaneadas claramente por obreros y soldados simpatizantes de las consignas bolcheviques. 2) El reagrupamiento de las fuerzas conservadoras que, dirigidas por la burguesía, buscaban una salida militarista a la crisis política provocada por la dualidad de poderes, intentando concentrar todo el poder en el Gobierno Provisional. 3) Las profundas vacilaciones de la dirigencia socialista moderada de los Soviets, que se negaba a asumir el poder como le demandaban las masas soviéticas, comprometiendo un aval pleno al gobierno provisional.

En ese escenario, pero especialmente luego de la intentona golpista encabezada por el general Kornilov, los bolcheviques hacen un reajuste táctico, consistente en retirar su consigna de “Todo el poder a los Soviets” y en contemplar la posibilidad de un traspaso pacífico del poder a favor de los Soviets. Todo

ello en un periodo en que los bolcheviques eran perseguidos y encarcelados.

El congreso bolchevique organizado esos días, sin Lenin, resolvió abandonar la consigna “Todo el poder a los Soviets”. Reemplazándola por esta otra “Todo el poder para el proletariado apoyado por los campesinos más pobres y por la democracia revolucionaria organizada en los soviets de representantes obreros, soldados y campesinos”. Dice Service (2001): “*Es difícil concebir una consigna más torpe. Tal vez los bolcheviques necesitasen al ausente Lenin más de los que estuviesen dispuestos a reconocer*”. (p. 336). Por su parte, Trotsky (2017) justifica el cambio de táctica, alegando que mantener en ese momento la consigna original era respaldar a la dirigencia moderada de los bolcheviques que se había derechizado, entregándose totalmente al Gobierno Provisional. (p. 555 - 567).

Comprendiendo el peligro de la maniobra de Kornilov, Lenin propone a su partido que lo central era derrotar las tendencias golpistas, para cuyo propósito era imprescindible apoyar al Gobierno Provisional, ese mismo que los estaba persiguiendo y reprimiendo. Aclara, sin embargo, que no se trataba de un apoyo incondicional, sino sólo de un apoyo muy concreto para derrotar a Kornilov, sin dejar de desconfiar de Kerensky.

Así, Lenin (1978b) propone un matiz: “Vamos a combatir y combatimos a Kornilov, *como lo hacen las tropas* de Kerensky; pero no apoyamos a Kerensky, sino que desenmascaramos su debilidad, esa es la diferencia. Es una diferencia bastante sutil, pero archi-esencial y no se la puede olvidar”. Más todavía, con ese carácter didáctico que le caracterizaba cuando quería dar instrucciones precisas sobre un determinado comportamiento táctico, Lenin concluye: “¿En qué consiste el cambio de nuestra táctica después de la sublevación de Kornilov?, en que cambiamos la *forma* de nuestra lucha contra Kerensky. Sin debilitar un ápice nuestra hostilidad contra él, sin retirar una sola frase dicha en su contra, sin renunciar al objetivo de derribar a Kerensky, decimos: *hay que tomar en cuenta* el momento; no vamos a derrotar a Kerensky en seguida; ahora encararemos *de otra manera* la tarea de luchar contra él, a saber: *explicando al pueblo* (que lucha contra

Kornilov), *la debilidad y las vacilaciones de Kerensky. También antes se hacía esto, pero ahora pasa a ser lo fundamental; en eso consiste el cambio*” (p. 370).

Esta insistencia en el matiz táctico se explica para prevenir a quienes, confundidos ante la aparición de un enemigo más peligroso, estaban dispuestos a conciliar completamente con el Gobierno Provisional.

Ocurre, sin embargo, que en medio de ese movido escenario, se abrió la posibilidad del paso a la segunda fase de la revolución por la vía pacífica, mediante la entrega del poder del Gobierno Provisional a los Soviets.

Lenin, atento a los acontecimientos, que podían llevar un acuerdo para formar un gobierno socialista con apoyo bolchevique, poniendo fin a la dualidad de poderes y concentrando el poder en el Soviet, no rehúye el reto, y en su famoso artículo “Acerca de los Compromisos” (Lenin, 1978b) escribió al respecto: “Ahora, sólo ahora, y quizá apenas durante unos pocos días o por una o dos semanas, un gobierno de este tipo podría formarse y afianzarse de un modo completamente pacífico. Podría garantizar, con una probabilidad gigantesca, un movimiento pacífico de avance de toda la revolución en Rusia y ofrecería extraordinarias posibilidades de que dé grandes pasos adelante al movimiento mundial hacia la paz y hacia el triunfo del socialismo”. Pero no sólo eso, Lenin acepta el reto planteado, en los términos siguientes: “Solo en nombre de ese desarrollo pacífico de la revolución – posibilidad extraordinariamente rara en la historia y extraordinariamente valiosa, excepcionalmente insólita - sólo en nombre de ella, pueden y deben, a mi parecer, aceptar tales compromisos los bolcheviques, partidarios de la revolución mundial y de los métodos revolucionarios”. (p. 374 - 375).

En función de esta posibilidad “extraordinariamente valiosa” del paso pacífico, Lenin, entregando una gran lección de táctica política, llegó a proponer un compromiso con la pequeña burguesía reformista, con la que está enfrentada en ese mismo momento. Explicando, con sabiduría, que no tiene sentido renunciar a cualquier compromiso con otras clases, sino saber contraerlos sin violar los propios principios.

Resulta, empero, que la posibilidad de una toma pacífica del poder desapareció por los planes golpistas y militaristas emprendidos por la derecha, alentados por la inmovilidad de los socialistas moderados. Así, los bolcheviques, analizando el conjunto de factores, resuelven inclinarse por la insurrección, luego de verificar que las condiciones estaban maduras para implementar exitosamente esa forma de lucha.

d) El reajuste táctico de setiembre

Luego que, a criterio de los bolcheviques, desapareciera la posibilidad de un paso pacífico del poder a los Soviets, alistan un nuevo giro táctico a favor de la vía insurreccional.

Lenin (1978b) señala, en efecto, que es inevitable la vía insurreccional en vista de la coincidencia de tres situaciones que la hacían totalmente posible: i) El viraje hacia la ultra derecha en el gobierno provisional, incluyendo la germinación de una corriente reaccionaria y golpista, materializada en la campaña de represión y persecución contra los bolcheviques y el intento de golpe de Estado encabezado por el general Kornilov; ii) La tendencia colaboracionista de los sectores medios y de la pequeña burguesía de apoyar sin condiciones, al gobierno provisional; y iii) El posicionamiento de los bolcheviques como nueva mayoría en los Soviets más importantes de Rusia, el de Moscú y el de Petrogrado.

Lenin insistió ante sus camaradas que preparar la insurrección no era “blanquismo”, o sea terrorismo. Explicaba que, para el marxismo, la insurrección es un arte, siempre y cuando se apoye en un partido y en una clase, así como en el entusiasmo revolucionario del pueblo. Y por ende, que no sea una simple conjura. También era indispensable que la insurrección se apoye en un *momento crítico* de la historia creciente de la revolución, en el que sea mayor la actividad de la vanguardia del pueblo y en la que mayores sean las vacilaciones dentro de las filas de los enemigos en las de los amigos débiles e indecisos. (p. 401 - 407).

Precisamente, sobre la oportunidad de la insurrección, Lenin demostró que, a partir de setiembre, se habían presentado las

condiciones para ella y para salvar a la revolución, en la medida que en ese momento los bolcheviques ya eran la mayoría en los soviets, que además existía un gran entusiasmo popular, resistiendo la “korniloviada” y porque, finalmente, había serias vacilaciones entre los enemigos y en los partidos de la pequeña burguesía, especialmente en la cuestión de la guerra y en la cuestión agraria.

Después de una lucha tenaz al interior del Partido y luego para hacer creíble esta salida revolucionaria entre los elementos de vanguardia de los obreros, soldados y campesinos, los bolcheviques se prepararon para crear las condiciones para la segunda revolución de 1917, la que puso a los bolcheviques al mando del poder revolucionario.

La crisis política en las alturas, el descontento de las masas, la decisión y la capacidad organizativa y movilizadora de los partidarios de Lenin, fueron los factores que favorecieron la implementación prácticamente incruenta de esa insurrección y de la toma del poder.

La resistencia de los sectores burgueses y reaccionarios vendría después con la organización de las denominadas “guardias blancas”, apoyadas por 16 potencias extranjeras que pusieron en jaque al nuevo gobierno revolucionario, aunque finalmente fueron derrotados por el “ejército rojo” dirigido por Lenin y Trotsky.

Notas sobre las Consignas Tácticas

El jefe de los bolcheviques puso mucha atención a las consignas políticas. En la medida que ellas, en su concisión, podían no sólo sintetizar las tareas de un determinado momento, sino también levantar y encauzar la acción política de las masas. Son memorables, por ejemplo, las consignas de: “Por paz, tierra y libertad” y “Todo el poder a los soviets”.

La primera consigna -¡Por paz, tierra y libertad!- resumió las reivindicaciones y demandas principales de un pueblo agobiado por la guerra, el hambre, la explotación feudal y la autocracia. Pero también sirvió de rasero para medir si el Gobierno Provisional era capaz de satisfacer el deseo de un pueblo que había, con enorme sacrificio, derrocado al régimen zarista y que esperaba cambios sustantivos.

Esa consigna permitió además, a los bolcheviques, hacer agitación y lucha política para atraer a las masas, forjar alianzas y formar una nueva mayoría política, clave para modificar la correlación de fuerzas e imponer una salida concreta a la coyuntura.

La segunda consigna -¡Todo el poder a los Soviets!- permitió persuadir a las masas para que entendieran que, en el marco de la dualidad de poderes, estando en pleno proceso de formación y desarrollo una nueva forma de Estado, el Soviet, sería un gran retroceso pensar en una salida constituyente que llevara a la formación de un típico Estado burgués capitalista.

Esta consigna también fue clave para mantener, en un primer momento, la independencia de las clases trabajadoras respecto del Gobierno Provisional burgués. Así como para intentar, con el pleno fortalecimiento de los Soviets, la toma del poder por las clases trabajadoras.

Respecto de esta consigna, no está demás remarcar el uso flexible que le dio Lenin, porque a diferencia de la primera que estuvo vigente durante todo el periodo revolucionario, esta propuesta estuvo vigente entre los meses de abril a julio, retirada temporalmente en agosto y setiembre y vuelta a actualizar en octubre, de acuerdo con las exigencias de cada momento.

Es importante señalar que, en el pensamiento de Lenin, las consignas no son meros instrumentos de agitación del partido; son herramientas de acción política de las masas, en la medida que resumen sus demandas y determinan sus objetivos en cada periodo concreto. Y, en cuanto tales, valen sólo si son eficientes; esto es, si son capaces de modificar realmente la correlación de fuerzas y si dan lugar a una nueva situación política.

Así, si un partido formula una táctica y ésta no es asumida por las masas a las que se destina, en realidad no tiene ningún valor práctico. Por eso, el partido que la formula, debe esforzarse para que las masas la asuman, porque sólo así esa orientación se convierte en fuerza material capaz de cambiar favorablemente una determinada situación.

Las consignas leninistas y el activismo desarrollado para difundirlas entre las masas

muestran, de otro lado, la concepción de la acción política que inspiró a los bolcheviques, consistente en la voluntad permanente por intervenir para modificar una determinada situación o correlación política.

Precisamente, sobre este tópico, Esteban (2017) sostiene que la acción política leninista se caracteriza antes que por el “proselitismo”, por la dinámica de la “intervención”, cuyo sentido consiste en sostener la idea que el “pueblo” no algo estático, no es un espacio sobre el que se lanzan ideas de uno u otro lado para ver quién ocupa más. O sea que el sujeto político “pueblo” es un proceso en construcción, pues, toda sociedad es conflictiva y cambiante, que se desarrolla con arreglo a determinados procesos. Entonces, la clave del político eficiente es comprender esos procesos y saber actuar dentro de ellos, porque cada situación requiere una acción política diferente.

Según el autor citado, en la concepción “intervencionista” se sostiene que en los procesos políticos “existen estados de conciencia, correlaciones de fuerza, momentos de crisis coyuntural, de inestabilidad, que abren la oportunidad a cambios profundos, tanto para bien como para mal”. Y por tanto, “el discurso del partido debe estar adaptado a cada momento, debe servir para conectar con la gente, debe estar adaptado a la situación, pero enfocado a aumentar la conciencia en un difícil equilibrio”.

Es esta concepción la que ha llevado a muchos autores a calificar la acción política leninista como “voluntarista” o “decisionista”, como si fuera suficiente la voluntad de un individuo para modificar una determinada situación política o para hacerla avanzar en un sentido determinado.

En realidad las cosas son más complejas. La política se mueve por una interrelación dialéctica de procesos objetivos y subjetivos. Los primeros condicionan a los segundos y éstos influyen en los primeros. En ese escenario, quienes hacen política deben esforzarse por conocer los procesos y las tendencias presentes en los mismos, para activar los factores que pueden hacerlos desarrollar según la estrategia establecida por cada sector social interviniente, tal como lo demostró Lenin en estos diez meses que

cambiaron la historia rusa y también la historia mundial.

Conclusiones

1. En la literatura adversa al Socialismo, es un lugar común la imagen de un Lenin dogmático, inflexible, rígido y presuntamente siempre dispuesto a acomodar la realidad a sus ideas. Los acontecimientos de 1917 muestran, sin embargo, una imagen totalmente distinta. Muestran la imagen de un dirigente político dispuesto a corregir sus planteamientos y a gestionar sus tácticas con gran flexibilidad, en la medida que siempre estaba atento a los retos y desafíos que provienen de la propia realidad, y muy dispuesto a aprender y enmendar sus errores.

Lenin acredita su genio político porque, en un periodo de gran agitación y polarización política y a diferencia de otros actores del mismo proceso, jamás perdió la perspectiva estratégica. Los hechos demuestran, en efecto, que casi siempre supo qué hacer. Leyó bien el escenario, las correlaciones y las tendencias, planteó las propuestas programáticas que resultaron pertinentes, ajustó las consignas principales y alentó las formas organizativas y de lucha más adecuadas para cada momento, teniendo siempre la política al mando.

2. Lenin, coherente con su concepción ideológica marxista, demuestra cómo la táctica se determina en función de la situación concreta. Lo que exige un análisis realista de los hechos y de sus tendencias, la determinación precisa de los actores y los intereses que ponen en juego, así como de las vías que encauzan o pueden encauzar mejor el desarrollo de la acción política.

No obstante, aunque es claro que sus apuestas tácticas no pueden desvincularse del contexto histórico en el cual fueron generadas y en función del cual fueron formuladas, siempre hay en ellas una sustancia aleccionadora de carácter general, en la medida en que se trata de prácticas humanas en el terreno de la política, que tienen ciertas constantes

que se repiten o recrean en oportunidades parecidas. De ahí que pueda hablarse del Leninismo como teoría política universal, siempre y cuando sus enseñanzas no se tomen como fórmulas rígidas y acabadas, sino como métodos de explicación y acción que deben ser recreados, vale decir, aplicados creadoramente en función de cada situación concreta.

3. La experiencia leninista demuestra la posibilidad de conseguir influencia ideológica y hegemonía política en las amplias masas, siempre y cuando se participe con ellas en sus luchas, en la medida que solo en esos espacios se puede construir o reconstruir un sujeto político con capacidad y fuerza suficientes para, aprovechando las oportunidades, abrir su propio camino de emancipación y de realización como comunidad política.

Esa experiencia recuerda, en efecto, que la acción política es siempre la acción de sus actores para construir sentidos comunes unificadores, como base para marchar a un destino aspirado colectivamente.

En tal sentido, esta experiencia reivindica y pone en valor los instrumentos sencillos de la acción política que aproximan en el contacto directo, a un partido con la población (persuasión paciente, agitación, organización, propaganda programática), tan despreciados muchas veces por quienes creen que es suficiente la influencia del “marketing” electoral y de los grandes medios de comunicación.

4. La elección de las formas de lucha, revolución pacífica o insurreccional, no es una cuestión de principios. En efecto, los planteamientos de Lenin del año 1917,

permiten comprender la posición marxista sobre la forma pacífica o insurreccional de una revolución. Queda claro que no existe una posición de principio en cuanto a la vía a seguir, pues, esta se determina en función de las condiciones objetivas que se generan en cada proceso histórico concreto.

En este ensayo hemos visto como Lenin insistió, en algún momento de la crisis política, en que si hay una posibilidad de conducir a la victoria de la revolución ahorrándose la insurrección, aunque no sea más que una probabilidad sobre cien, valdría la pena intentarla. El líder de los bolcheviques no manejaba dogmas, sino posibilidades que emergían de situaciones concretas y específicas.

5. La táctica solo tiene valor si el partido que la propone es capaz de modificar la situación, movilizándolo al proletariado y al pueblo en función de su tarea histórica. Lenin tenía muy en claro, en efecto, que la lucha política es una lucha por la legitimación de los proyectos políticos y de los sujetos sociales que los portan. Que siempre es una lucha por articular mayorías en torno a discursos determinados que representan, en un sentido u otro, las relaciones sociales existentes e invitan a conservarlas, modificarlas o subvertirlas.

En ese sentido, Lenin aconsejaba utilizar las herramientas o instrumentos de la gestión táctica, con toda seriedad y responsabilidad y siempre junto a los trabajadores y al pueblo, nunca en condición de aventureros ni menos como rémoras que avanzan detrás del movimiento espontáneo.

Referencias

- Esteban, C. (2017). “¿Banderas Blancas? Lo que aprendimos de Lenin”. Recuperado de <http://www.pcandalucia.org/banderas-blancas-lo-que-aprendimos-de-lenin/>
- Hobsbawm, E. (1988). “Historia del Siglo XX”. Crítica (Grijalbo Mondadori). Buenos Aires, Argentina.
- Lago, J., y Moruno, J. (2017) “*Lenin en 2017, ¿En serio?*”. CONTEXTO Y ACCIÓN. Número 139, 18/10/2017. Recuperado de <http://ctxt.es/es/20171018/firmas/15719/Ctxt-Lenin-2017-URSS-aprendizajes-Jorge-Lago-Jorge-Moruno.html>
- Lenin (1978a). “*A los camaradas de Azerbaiyán, Georgia, Armenia, Daguestán y de la República del Norte del Cáucaso*”. En Obras Completas. Tomo XXXV. Madrid, España: Editorial Cartago.
- Lenin (1978b). “*Entre dos revoluciones*”. Revista Progreso. Moscú, Rusia.
- Morote, F. (2017). “*La revolución francesa aún no está acabada*”. Recuperado de: <http://www.attac.es/2017/08/01/la-revolución-francesa-aun-no-esta-acabada/>
- Service, R. (2001). “*Lenin. Una biografía*”. Madrid, España: Editorial Siglo Veintiuno de España Editores.
- Trotsky, L. (2010). “*Historia de la Revolución Rusa*”. Lima, Perú: Sinco Editores.

Correspondencia

Autor: César Augusto Aliaga Díaz

Dirección: Urbanización San Carlos A-14 - Cajamarca

Email: cealdi@yahoo.com